

CAIRA

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

CAIRA

La Grecia olvidada



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: febrero de 2024

© José Luis González García, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6444-6

Impreso por Liberdúplex

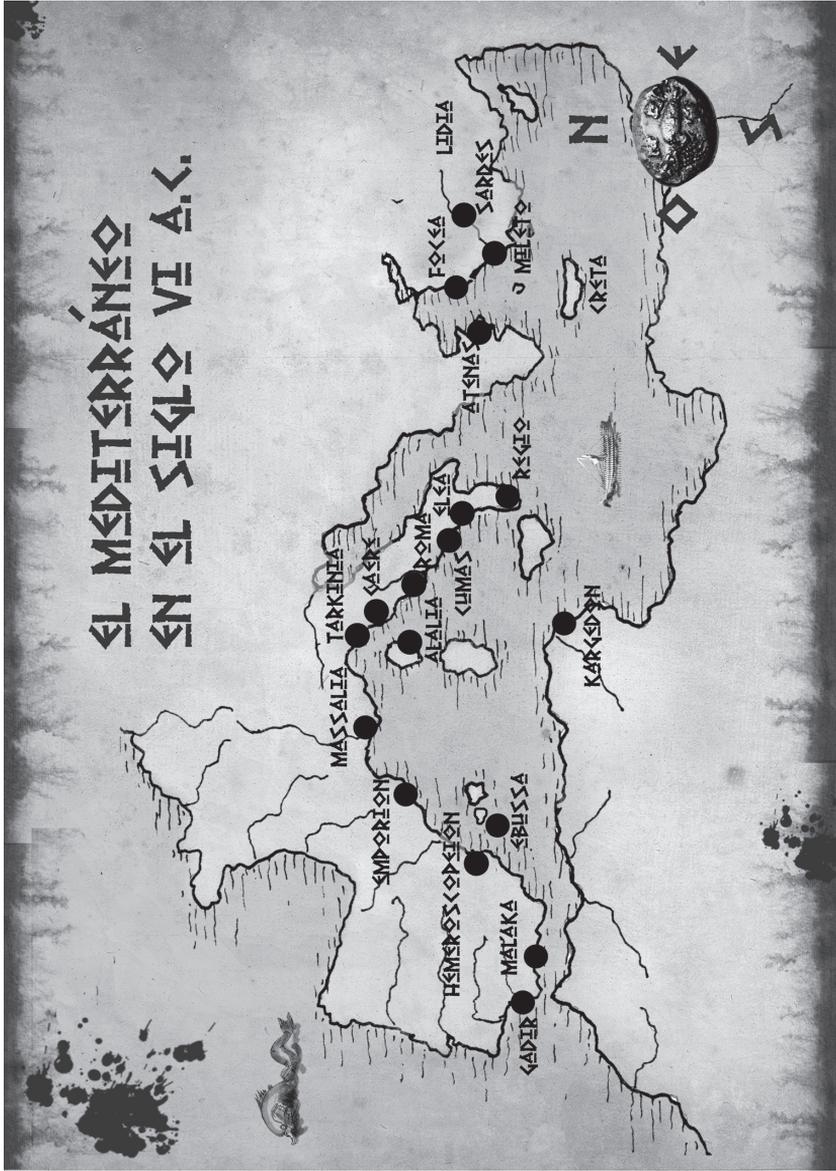
Depósito legal: B 1141-2024

Impreso en España

FOCĒA EN EL SIGLO VI A.C.



EL MEDITERRANEO EN EL SIGLO VI A.C.



PRIMERA PARTE

I FOCEA

La madre tierra está llena de cuchilladas en la costa jonia. Debió de suceder durante la guerra de los titanes. He viajado con mi padre por las costas del Egeo y el mar de Icaria y nunca he visto cosa igual: infinidad de cortes abruptos y profundas ensenadas, sorprendentes y cordiales, que ofrecen a las naves múltiples lugares donde refugiarse de tormentas o piratas, en aguas tranquilas.

Aspiré el aire del mar. El *Euro* nos llevaba directos a casa, a Focea, y mi padre daba órdenes ante la proximidad de tierra firme.

–Arría la vela, Pródromo, y tú ayúdalo, Caira. ¡Los demás, a los remos, que ya llegamos!

Había que entrar en la ensenada con cuidado, pues, según se iba estrechando, era más fácil chocar con alguno de los barcos que aún fondeaban allí.

Una vez que la vela quedó recogida, me agarré al extremo de un remo y ayudé a bogar.

–Haber nacido en un barco no te convierte en marino, hija –se rio mi padre.

Pero yo sabía que sí lo era. No tanto como él, claro, pero toda mi corta vida había aprendido y discutido de la vida marinera. En realidad, todo focense la lleva dentro, como si fuera parte de su nombre o de su respiración.

El pentecóntero regresaba de un viaje provechoso: habíamos vendido alumbre en la Calcídica y, a cambio, traía-

mos un buen cargamento de cobre. De su venta, mi padre daría la parte más grande al dueño del barco. Pero, aun así, la que nos correspondería al resto sería también sustanciosa, de ahí las sonrisas y el buen humor general.

La maniobra de atraque fue coser y cantar. Ya en puerto, solicitamos al inspector poder varar en tierra firme el barco, y éste se comprometió a ello. Fácilmente, tal cosa no sería posible hasta unos días después, y entonces podríamos embrear y limpiar el casco del agua que poco a poco va impregnando la madera, provocando que el navío fuer más pesado y lento.

Miré a mi padre, impaciente por desembarcar, y él, mientras pagaba al inspector, me hizo un gesto con la mano como concediéndome el permiso. Al instante, eché a correr hacia la casa.

Focea es una ciudad pequeña en comparación con Esmirna, pero aun así tardé un buen rato en llegar. La noticia de que el *Delfín* estaba de regreso había corrido más que yo, y mi madre, Timara, me aguardaba ya en la puerta.

La alegría al verme se transmutó enseguida en espanto: vestía una túnica corta y raída de marinero y unas sandalias que acababa de ponerme, pues en el barco es más cómodo ir descalza; llevaba el cabello alborotado y rizado por la humedad del mar, y supongo que estaba bastante más morena de lo que ella recordaba.

–¡Ve inmediatamente a adecentarte! –Sus primeras palabras, una regañina–. Espera... –me detuvo–, ¿cómo está tu padre?

–¡Como siempre! –reí, y eché a correr. El suspiro que escuché tras de mí fue el que todas las esposas de marino sueltan, aliviadas, cuando tienen de nuevo a su hombre en casa.

Al subir las escaleras me encontré con mi hermana mayor. Estaba seria, concentrada en doblar un manto para me-

terlo en el arcón. Debía de haber escuchado mis pasos, pero mostró sorpresa.

—¡Eugenia!

Dejó caer la ropa con un grito y puso tal cara de espanto que por un momento tuve dudas de que estuviera haciéndose la tonta. Pero su amplia sonrisa y el abrazo que siguió me alivió enseguida. Estuvimos unos segundos enlazadas, y luego, mientras me lavaba y me vestía una túnica azul y unas sandalias finas, pasamos un buen rato hablando del viaje. Mi hermana me prestó una cinta para el pelo y me miró con aprobación.

Me resultaba raro pisar el suelo firme, sin balanceos, habituada ya a ese movimiento inconsciente de buscar a cada instante el equilibrio sobre la cubierta. Los primeros días en tierra siempre echaba de menos esa sensación.

Entretanto, mi padre ya había llegado a casa, y los esclavos se apresuraban a disponer la cena y recoger los percheros conforme a las instrucciones de mi madre. Ella le lavó los pies con cuidado y, mientras, él la miraba con un profundo respeto.

Cenamos entre risas y cotilleos, pues, en una ciudad costera como la nuestra, los barcos eran portadores tanto de noticias como de comercio. Eran, así, lugares de encuentro, y también más tolerantes ante lo nuevo que las metrópolis continentales. Eso mismo decía mi padre cuando yo protestaba porque no me permitía salir por la noche: «Da gracias a que no vives en Atenas». Sin embargo, esa noche sí me concedió dormir en el piso de abajo, junto a las habitaciones de los esclavos. Mi hermana de ninguna manera hubiera consentido que trajera al perro a nuestra estancia, pero allí nadie me diría nada. Crucé el patio y entré en aquella habitación donde me gustaba resguardarme. Harta de encontrarme dormida en el suelo, mi madre había hecho poner una cama, y allí me tumbé esa noche, feliz de estar en casa, con el pe-

rro acostado sobre mis piernas, pese a que sus ronquidos me despertaban de vez en cuando.

Me desperté bien entrada la mañana, sin que la luz matinal hubiera desperezado mis ojos, como me sucedía en la cubierta del barco. Me vestí a toda prisa y entré en la cocina. Ya un puchero colgaba sobre el hogar, burbujeando tímidamente. Mi padre debía de haberse marchado a dar cuenta del viaje al armador, y probablemente las mujeres arreglaban el piso de arriba. Dudé si subir a ayudar, pero decidí que aún necesitaba despabilarme, de modo que tomé de un cuenco un puñado de uvas pasas y salí de la casa.

–No, Kino, tú te quedas aquí. Hoy no voy sólo a pasear.
–El perro me miró con tristeza mientras me alejaba.

El golfo de Focea es como una herradura en cuyo centro destaca una península de pequeño tamaño. En ella se alza nuestra ciudad, abarcándola por entero y extendiéndose más allá, hasta los primeros viñedos y olivares. Carecemos de buenas murallas, hoy en día parcialmente destruidas, pues el rey Creso de Lidia, al que pagamos tributo, aunque no muy gravoso, ordenó derruir las defensas de todas las *poleis* jónicas. Por fuera, la tierra se levanta como una sábana al aire, formando un perímetro de colinas de suaves pendientes llenas de pastos y frutales. El clima es benigno todo el año. Los mantos de lana nos los ponemos sobre las túnicas más por coquetería que por auténtica necesidad: son bonitos sus pliegues de colores, como también los colores de los pliegues de mi tierra.

Caminé hacia el puerto, que ya bullía de actividad: tabarberos arreglando cinturones y botas, peluqueros, comerciantes ofertando sus mercancías y multitud de carros repletos de todo tipo de artículos para la exportación.

Miré a un lado, hacia el noroeste. Allí, justo antes de llegar al puerto, se encontraba el templo de Atenea. No era tan grande como otros, y mucho menos como el nuevo que

se estaba construyendo en Éfeso para la diosa Ártemis, para cuya construcción el propio Cresos había donado columnas enteras. Era más modesto, pero también acogedor, y contemplé fascinada las figuras de dos grifos que parecían advertir a los visitantes de que entraran con buenas intenciones. Sus picos abiertos me daban miedo.

Accedí al recinto y saludé al guardia. El paso estaba permitido durante el día, aunque por la noche se cerraba. No había en él esculturas en mármol, sino tan sólo un xóanon de madera que representaba a la diosa con un escudo en forma de ocho y una lanza en la mano. Reconfortada por ver de nuevo la imagen, me volví sobre mis pasos, y entonces vi que, junto a un murete, había nacido una mata de hierba buena. Cogí unas pocas hojas y se las ofrecí a la diosa.

II UNA APUESTA

Paseé por la ciudad disfrutando de su alegría. Muchos habitantes se dirigían al ágora acompañados de algún esclavo que llevaba la compra, y también yo decidí acercarme hasta allí. En las calles aledañas ya se oía ese murmullo; luego sería ruido, que contiene frases de regateo, relinchos, cacareos de las aves en venta, golpes de algún apero que está siendo probado...

Caminé bajo los árboles que daban sombra a los puestos. De repente, junto a una higuera, me pareció ver a mi padre conversando con alguien y corrí hacia él. En cuanto me vio, sonrió y me hizo una seña para que me acercara. Suspiré, aliviada, porque me permitiera estar con él; mi padre era para mí la puerta a un mundo abierto y mucho más libre del que vivíamos entre las paredes de la casa.

—¿Te acuerdas de Nicetas?

—¡Claro! ¡Es el dueño del *Delfín*! —exclamé, inclinando la cabeza hacia él como saludo.

—Hacía tiempo que no te veía...

—Caira —le recordó mi padre...

—Caira —repitió él—. Sí, claro. Estás hecha toda una mujer. Notaba la burla en sus palabras, pues ni me había peinado. ¡Tantas ganas tenía de salir esa mañana!

—Mi hija no se ha dado cuenta de que ya no estamos en el barco.

Enrojecí de vergüenza, y ellos se echaron a reír a carcajadas. Durante los diez días de navegación, me había portado como el mejor de los marineros, haciendo los nudos y maniobras, remando, tirando de la pesada ancla de piedra; sin embargo, ahora, en tierra, tenía que fastidiarme con esos comentarios. «No debería haber bajado del barco», pensé.

Me despedí de ellos con cierta frialdad justo cuando estaba invitando a Nicetas a cenar con nosotros para ponerse al día de las noticias. Mi padre me miró sorprendido por mi actitud, pero yo ya subía por la colina para alejarme del bullicio, pues ya no me apetecía tanta compañía y prefería estar sola. Me alejé como cinco o seis estadios, y poco a poco se me fue pasando el malhumor y el canto de los pájaros me reconcilió con el mundo. Agucé el oído y escuché el aire al chocar contra las hojas, el eco lejano de alguna palabra lenta en disolverse y... ¡relinchos! Miré a mi alrededor con interés. No debían de andar lejos, pues sonaban muy cerca, y, efectivamente, vi que detrás de una encina estaban atados dos hermosos caballos negros con jaeces muy adornados. No había visto nunca animales tan bellos, y decidí acercarme despacio para no asustarlos ni delatarme ante sus dueños.

—¿Te gustan?

Me volví, asustada. A mi espalda, un hombre de gesto serio me estudiaba con interés. Llevaba mangas en las piernas, pero no era ningún loco, sino más bien lo contrario. En él todo denotaba seguridad y orgullo. Unos pasos más atrás había otro individuo, de más edad, igualmente ataviado; llevaba en la mano un conejo recién cazado y se disponía a asarlo.

No respondí. Eché a correr colina abajo muerta de miedo, yendo por las calles laterales para no atravesar el ágora. Cuando me di cuenta, estaba en la puerta de casa, sin resuello y sin entender por qué me había azorado tanto. Seguramente, se trataba tan sólo de dos viajeros, y no habían sido im-

pertinentes. Pudiera ser que su porte extraño y esos rasgos que yo no acertaba a identificar me hubieran sorprendido.

Mauro, nuestro esclavo, había sacado el caballo de mi padre para que se ejercitara y ahora lo cepillaba con energía, cosa que el bruto agradecía meneando la cabeza y tocando con su hocico la mano del hombre. Lo saludé y entré en la casa, pues bien seguro habría alguna tarea que hacer junto a Eugenia y mi madre.

Antes de ponerse el sol, llegó Nicetas, y pronto nos sirvieron una exquisita cena: teníamos como plato principal unas buenas rodajas de siluro asado, acompañado con verduras de nuestra huerta. Entre bocado y bocado, mi padre contaba algunas anécdotas de sus viajes que nos hicieron sonreír. Al terminar, mi madre dejó vino e higos secos sobre la mesa y se despidió cortésmente, para que los hombres hablasen a solas. Yo no me moví de mi sitio; tras tantos días junto a mi padre en el *Delfín*, me apetecía seguir igual.

–No creo que a tu hija le interesen mucho nuestros asuntos –apuntó Nicetas.

–Tampoco está mal que sepa cómo funcionan las cosas. No nos molestará.

No debería haber intervenido, pero lo hice:

–¡Puedo gobernar un barco tan bien como mi padre!

No era cierto, pero me enrabietó que hubiera sido el armador quien me quería expulsar del comedor, y no mi padre. Al fin y al cabo, estábamos en nuestra casa.

–¿Es cierto eso? –preguntó mirando a su anfitrión con suspicacia.

–Sabe lo que hay que hacer –respondió éste sin dudar, serio.

–¿Apostarías a que es capaz de gobernar un barco?

Yo los miraba entre excitada y enfadada. ¿Apostaría mi padre por mí?

–Sabe lo que hay que hacer –se cerró él.

–Ya veo –sonrió desdeñosamente Nicetas.

El orgullo herido venció a la sensatez y, finalmente, aunque a regañadientes, mi padre aceptó la apuesta.

–¿Qué barco propones? –preguntó a Nicetas casi en un murmullo.

–El *Delfín*, claro. No quiero ponérselo imposible. Conoce a la tripulación. Veremos qué pasa... Tu hija es muy atrevida. ¿Te parece demasiada apuesta una mina?

–Está bien, una mina –respondió sin pensárselo mi padre, y yo lo miré asustada, pues era todo el beneficio que habíamos obtenido del viaje–. ¿Cuándo?

–¿Para qué esperar? Mañana mismo.

–No sé si habrán sacado a seco el barco.

–No; está previsto hacerlo dentro de dos días. ¿Tendrás tripulación? No hace falta que esté completa, tampoco creo que sea necesario... –Mi padre asintió–. Y tú no puedes estar a bordo. Si te parece, bastará con que dé una vuelta alrededor de la bahía.

–¡Puedo hacer mucho más! –intervine, pero al momento mi padre me exigió silencio con la mirada.

–Lo que propones está bien –repuso secamente.

En mi mente ya me veía en las palas del timón, disfrutando de la vela, henchida por el viento de popa.

Mauro, que siempre parecía invisible, apareció entonces con más vino, y los dos hombres pasaron a hablar de otras cosas. Al parecer, mientras habíamos estado fuera, habían llegado emisarios medos con una pregunta de su rey, Ciro, quien supuestamente observaba con recelo los movimientos políticos de su vecino Creso, monarca de Lidia, pues éste estaba empezando a reunir tropas en la capital, Sardes. Ciro había enviado embajadores a todas las ciudades de la costa jonia, incluida la nuestra, para conocer a quién apoyaríamos en una hipotética guerra, si a Creso o a él.

–Esperan respuesta. Mientras, están en las afueras, en la casa que fue de Timócrates y que ahora está abandonada.

El corazón se me aceleró. Esos hombres debían de ser los que me había encontrado por la mañana en la colina. Medos. Había oído hablar de ellos a los comerciantes que llegaban de Babilonia por las vías anchas. Su rey, Ciro, era un hombre ambicioso cuyo poder se expandía peligrosamente, pues estaba uniendo bajo su mano a los pueblos de la lejana meseta del este asiático bajo su mando. Los babilonios lo temían. Pero nada dije, pues bastante había hablado ya aquella velada.

Sin embargo, me enteré de que los helenos de las doce ciudades jónicas estaban reunidos en el monte Micalé, donde se celebraban cada seis meses sacrificios comunes y juegos deportivos, así como de canto y baile en honor a Poseidón. Allí, los representantes de las *poleis* que conformaban la Alianza intentarían dar una respuesta común.

Me excusé y abandoné la estancia. Si en unas horas había de gobernar un pentecóntero, lo mejor era irme a dormir.

Me acomodé de nuevo en la habitación del piso de abajo. Necesitaba abrazar a alguien, y Kino era perfecto, con su pelaje suave y su temperatura tibia. Me imaginé que sus patas eran las palas del timón de la nave y las moví con suavidad, tratando de recordar las órdenes y maniobras que debería realizar por la mañana, hasta que el sueño terminó por rendirme.

III LOS PERSAS

El canto de los mirlos me despertó antes del amanecer. Kino seguía pegado a mí. En cuanto abrí los ojos, recordé la apuesta y, aún acostada, estuve un rato disfrutando del calor del perro y dando vueltas a las maniobras que debía hacer con el barco.

Pero pronto me pudo la excitación. Me levanté de un salto y me dirigí a la cocina, donde Yola, la esclava que llevaba con nosotros toda la vida, ya estaba recogiendo las copas y el enócoe de la noche anterior. Imaginé que debían de haber estado de charla hasta tarde. Mi madre, que entraba en ese momento, me lanzó una mirada de tristeza y meneó la cabeza como saludo.

Yo le di un abrazo, tomé unos higos secos y me fui a toda prisa hacia el puerto, con la intención de comprobar que el barco estaba en su sitio. «¡Qué tonta!», me dije al momento. «¿Dónde va a estar, si no? Y, además, no sé a qué hora debemos zarpar». Así que volví a casa y me encontré a mi madre en la puerta.

—¿Qué se te ha olvidado, terremoto?

—¿Está despierto papá? Tengo que preguntarle algo.

—Aún duerme, y no lo voy a despertar. Pero, si lo que quieres es saber cuándo tienes que volver a hacer el ridículo, es a mediodía, una hora después de comer.

La miré un tanto triste. No pensaba hacer el ridículo.

–Mamá, no estés enfadada conmigo, por favor. De verdad que podré hacerlo.

Tras un breve silencio, me acerqué a ella y la abracé. La oí suspirar.

–No estoy enfadada –susurró–. Pero debes aceptar que tú no eres un hombre.

–¡No quiero ser un hombre!

–¡Pues lo parece!

Le respondí con un rápido beso y me volví para ir al gran puerto. Tenemos dos. Uno, al norte de la ciudadela, recibe el nombre de Puerto de la Luz, y desde allí salen las barcas de pescadores. Muchas veces trabajan de noche, y por eso encienden una antorcha en tierra, para orientarlos. De ahí su nombre. El otro es el muelle, al suroeste, y se lo conoce como Puerto Grande o muelle de los barcos; en él atracan los grandes pentecónteros de cincuenta remos que salen a comerciar y los barcos que traen mercancías. Y fue a este último adonde me dirigí. Esta vez elegí calles de la parte baja para evitar el ágora, donde ya habría pescadores vendiendo lo conseguido durante la faena nocturna. Otras veces me demoraba allí con gusto, pero ahora necesitaba llegar lo antes posible y comprobar que el *Delfín* estaba preparado.

No había aún mucha gente por las calles. En el muelle, había atracadas unas diez embarcaciones, y algunas se estaban preparando ya para hacerse a la mar, por lo que la bahía quedaría más liberada y sería más fácil maniobrar.

A lo lejos, en un embarcadero, estaba el *Delfín*. El mástil no había sido retirado todavía; permanecía tal y como Pródromo y yo lo habíamos dejado. Cerca, en una playa de arena gruesa, varaban algunos barcos que no iban a moverse en un tiempo. Los armadores habían pagado la construcción de tejadillos para protegerlos del sol continuo y de la lluvia.

A esas horas, Mauro se encontraría ya avisando a los marineros casa por casa: a mediodía, el barco debía zarpar

para una maniobra rápida, una prueba de navegación. Y yo, como no sabía qué hacer, decidí tomar nuestro caballo, volver a la antigua casa de Timócrates y disculparme ante los medos por mi comportamiento del día anterior. Mi padre era un hombre de honor, y yo no iba a ser menos. A Melas le vendría bien el paseo, y a Kino, también.

El sol empezaba a subir con pereza, y ya carromatos grandes y pequeños se dirigían al puerto para las ventas del día. Cuando volví a casa, mi madre y Eugenia habían salido a ver los tenderetes, así que dejé recado a Yola de que me iba con Melas y el perro. Ella sólo me miró y no dijo nada; cuando era más pequeña, se reía con mis ocurrencias, ahora ya no.

Tomé la vía principal, la que sale de la ciudad por el este y se adentra en el continente, por la que llegaban los correos de Sardes y las mercancías de Babilonia. La abandoné, en cierto momento, para tomar un camino por el que podría ir una carreta pequeña y que ascendía poco a poco entre los viñedos y olivos. Desmonté cuando ya podía distinguir la casa a lo lejos y, con Melas de la brida, me acerqué intentando hacer el menor ruido posible. De repente, me di cuenta de que no tenía que esconderme. Era la hija del capitán de barco Creontíades y venía a presentar mis respetos, así que comencé a silbar para darme ánimos y para hacer notar que no me ocultaba.

A la sombra de una higuera, junto a la casa, se sentaba el hombre que me había hablado el día anterior. Parecía ocupado en algo que no lograba ver, y me miraba con curiosidad, pero sin animosidad alguna.

—Ayer estuve muy grosera —dije al acercarme—. Vengo a disculparme. —Incliné ligeramente la cabeza.

El hombre sonrió y, dejando lo que estaba haciendo a un lado, se puso en pie. Era muy alto, y debía de tener más o menos la edad de mi padre. Antes de que abriera la boca, ya sabía que era un noble por su forma de moverse, paciente y con cierta elegancia.

–Mi nombre es Shirin. ¿Puedo saber cuál es el tuyo? –Su voz sonaba franca y sin asomo de burla, aunque yo sí me avergoncé por mi torpeza.

–Lo siento. Soy Caira, hija de Creontíades.

Me quedé inmóvil. Ya estaba, había hecho lo que pensé que debía. Podía irme. Sin embargo, me quedé quieta, mirándolo, como esperando que pasara algo. Estaba ante un miedo de verdad. Intenté imaginarlo combatiendo, pero no fui capaz. No parecía temible en absoluto.

Él continuaba en silencio, estudiándome. Se acercó a Melas y lo acarició en el lomo.

–¿Es tuyo?

–De mi padre.

–¿Y te deja montarlo?

Me molestaron sus palabras.

–¡A la vista está!

–Parece fuerte y veloz –repuso, sin disculparse, aunque notó mi enfado–. Enhorabuena. ¿Deseabas algo más que disculparte?

«Claro que sí», pensé. Quería seguir ahí, observándolo; ver cómo eran los medos, qué querrían, por qué preguntaban por nuestra posición en caso de guerra, pero no sabía por dónde empezar.

–¿Qué es eso que tienes ahí? –pregunté al fin, señalando bajo la higuera.

El hombre lo tomó del suelo y me lo mostró: era un trozo de piel en el que habían inscrito unos signos extraños. Parecía un complejo tablero de juego.

–Apunto cosas de los lugares por donde pasamos.

–¿Quieres decir que esto es escritura? –Mi cara de pasmo lo hizo sonreír. Había visto de lejos papiros con caracteres jonios y fenicios, y, aunque yo no supiera leer, era evidente que no se parecían en nada a aquello. En aquel cuero no distinguía líneas, sino multitud de triángulos de tamaño mí-

nimo y rayitas que los unían; a veces había espacios entre ellos, otras no.

–¡Exactamente!

–¿Cómo haces que todos los signos tengan el mismo tamaño? –Lo miré con curiosidad.

Me mostró un trocito de rama que había cortado con forma triangular por un extremo y fina como un hilo por el otro. Me quedó claro al instante que la utilizaba como un sello. Él, mientras, buscaba con la mirada por el suelo y, cuando encontró una corteza cuya forma le satisfizo, le dio la vuelta y comenzó a trabajar en su interior. Mojaba la ramita en un pequeño cuenco lleno de una tinta que me dijo que había hecho a partir de negro de humo y goma de la que sueltan algunos árboles, y luego dibujaba con ella aquellos extraños signos.

–Caira de Focea.

Me pasó la corteza, y la contemplé con admiración y sorpresa. ¿Ahí estaba mi nombre escrito?

–¿Dónde pone Caira?

Me indicó tres grupos de signos, todos marcados como sellos de anillo.

–¿Quieres saber cómo se hace? –Ante mi duda, añadió–: No tengo mucho que hacer, salvo esperar.

Mi presencia lo entretenía, y tenía tiempo. Preparó en un momento una ramita con las dos formas y buscó algo de tierra arcillosa, que alisó delante de mí. Me contó que a veces grababan en la piel, pero que, para el uso cotidiano de la administración, utilizaban unas finas tablas recubiertas de cera o, sencillamente, láminas de arcilla. Me aclaró también que él no era medo, sino persa: «Somos diferentes. Los persas somos el pueblo originario del rey. Somos menos gente que los medos, pero de mayor valor», se ufanó.

Y, entretanto, yo permanecía atenta a los sonidos en que se transformaban aquellos grabados y memorizaba las

combinaciones de rayitas y triángulos. Pronto me atreví a escribir su nombre. Hizo una pequeña corrección, pero me felicitó.

–Una cosa son los signos, y otra es la lengua –me explicó, y añadió una palabra que no entendí–. Escríbela.

Sobre la arcilla fui introduciendo los extremos de mi palito, tratando de reproducir las combinaciones que había memorizado.

–¿Lo he hecho bien? –pregunté, esperando su juicio.

–Tienes una gran memoria. –Negó entonces con la cabeza–. Pero no se aprende en un momento. En nuestra escritura, los grupos de signos son más de cuarenta, y tú ya recuerdas varios. Mira, esta palabra que escribo ahora significa, en mi lengua, «invitada». ¿Quieres acompañarnos a comer?

En ese momento vimos que se acercaba su compañero, montado en un gran caballo negro, muy hermoso. Como el de otro, tenía vistosos adornos y una silla repujada. Kino, que había estado a mi lado todo el tiempo, ladró.

–¡Cállate!

Como por instinto, el hombre me debió de descartar como peligrosa y centró su atención en los alrededores. Cuando se sintió satisfecho, bajó de la silla y saludó a Shirin en un idioma que no había oído jamás. Hablaron unos segundos, y después se volvió hacia mí y me saludó con cortesía. Se llamaba Harases. No tendría más de veinte años, pero parecía ya un guerrero curtido.

–Mi tío me dice que comerás con nosotros. –De reojo, observó con asombro la lección marcada en la tierra.

Mi curiosidad me invitaba tanto como los gritos del estómago, que llevaba varias horas con sólo un puñado de higos, pero intenté contestar con toda mi buena educación:

–Estaría encantada, pero debo irme ya. Cualquier otro día aceptaría, pero hoy no me es posible.

–Es afortunado quien te espera –comentó Harases en un jonio algo más torpe que el de Shirin–. ¿Por qué no vienes a visitarnos mañana?

Sentí que enrojecía y, sin saber por qué, necesitaba explicarme:

–Debo volver. Me esperan en el barco. Hoy lo tengo que gobernar. Adiós. –Incliné ligeramente la cabeza y eché a correr hacia mi caballo. Monté de un salto, y aún pude ver el asombro en sus rostros antes de poner a Melas al galope en dirección a casa.